

tierra, defender contra el nefario furor de algunos ciudadanos perdidos, esta Ciudad, que quisieron fuese en hermosura, flor y potencia sublimada sobre todas las otras.

ORA-

## ORACION TERCERA

### DE CICERON

#### CONTRA LUCIO CATILINA,

#### RECITADA Á LOS QUIRITES.

**Y**A podeis ver á la clara, ó Quirites, la República y la vida de todos vosotros, vuestras fortunas y bienes, vuestras mugeres é hijos, este domicilio del Clarísimo Imperio, y finalmente aquesta Ciudad hermosísima, y fortunada en extremo, haber sido en el presente dia, por el sumo amor que los inmortales Dioses os tienen, y por medio de mis trabajos, consejos y grandes peligros, librada de la llama y del hierro, y aun verdaderamente de la garganta del hado que la engullia, y seros conservada y restituida. Por donde si no nos deben ser menos yucundos é ilustres los dias en que somos conservados de los peligros, que aquellos en los cuales nacemos; por respecto que de la salud la alegría es cierta, y del nacer incierta la condicion;

cion ; y tambien porque sin sentido nacemos, y somos conservados con gozo ; por cierto, pues, acerca de aquel Rómulo , que fundó esta Ciudad, nos movimos con tanta benevolencia, que le subimos al Cielo con gran renombre, y le colocamos entre los inmortales Dioses; justa cosa es que de vosotros, y de aquellos que succedieren, sea honrado tambien aquél, que conservó con su industria esta misma Ciudad ya establecida y amplificada. Porque si bien mirais, yo mismo amaté los tizones que estaban quasi ya puestos debaxo y al rededor de los templos y oratorios sagrados, y de todas las cosas de la Ciudad; yo emboté las espadas que estaban ya empuñadas para invadir la República ; y rechacé sus puntas de las gargantas de todos vosotros. Las quales cosas, por haber sido ilustradas, descubiertas y aclamadas por mí en el Senado, os las declararé aqui brevemente, ó Quirites, para que pues no las sabeis, podais de lo acaecido entender quan grandes y quan manifiestas fueron ; y por qué via inquiridas, y á la luz sacadas. Primeramente, como se fuese Catilina, no há muchos dias, de  
la

la Ciudad, y dexase en ella los **compañeros** de su maldad, y vehementísimos **Capitanes** de esta guerra nefaria, estuve siempre despierto y en vela, proveyendo como en **tan** grandes y tan ocultas traiciones pudiesemos estar seguros y salvos. Porque entonces, **quando** yo echaba á Catilina de la Ciudad (**no** temo ya la envidia de aqueste nombre, **debiendose** de temer mucho mas aquella, de **haber** dexadole salir vivo) **quando**, como digo, deseaba de exterminarle, persuadiame, **que** ó toda la otra chusma de sus adherentes y **conjurados** se saldria juntamente con él, ó **que** los que se quedasen en la Ciudad se hallarian sin su presencia muy faltos de vigor y **de** fuerzas. Pero despues que vi haberse quedado en Roma, y entre nosotros, los que yo sabia que hervian en furor y en maldad ; **deliberé** de gastar todos los dias y las noches en sentir y en especular todo quanto hacian y **trataban**; para que pues vuestros oídos, por la **increíble** grandeza de la maldad, no daban á mi oracion tanto credito; de tal arte yo comprehendiese el negocio y le tomase á manos, que entonces pudiesedes proveer á vuestra salud,

lud, quando viesedes el maleficio con vuestros ojos. Y así es, que luego como entendí que los embaxadores de Saboya habian sido solicitados de Publio Lentulo para que procurasen mover la guerra en la region Transalpina, y alborotasen la Francia; y que á este efecto eran ya despachados los mismos á sus Ciudadanos, y por el mismo camino con cartas y recaudos á Catilina; y que les era dado por compañero Vulturcio, el qual llevaba las cartas enderezadas á Catilina; parecióme que habia hallado suficiente ocasion, para que lo que era en sí difícilimo, y lo que yo siempre deseaba de los inmortales Dioses, todo el negocio no solamente de mí, pero tambien del Senado, y de todos vosotros, fuese conocido á la clara, y tocado con mano. Por donde luego ayer hice que viniesen á mí Lucio Flacco, Cayo Pontino, Pretores fortísimos y varones muy amigos de la República; á los quales declaré todo el negocio, y lo que me parecía ser expediente. Ellos, pues, sintiendo honorificamente acerca de la República sin excusa ó tardanza alguna tomaron á su cargo la empresa; y así á boca de noche

che ocultamente llegaron al puente (a) Milvio, y por aquellas caserías que estan cerca de él, se dividieron en dos partes, de tal manera, que quedaban el Tiber y la puente entre ellos; al qual mismo lugar ellos, sin que de nadie se sospechase, llevaron muchos Varones fuertes, y yo tambien de la Cornelia Reatina habia enviado con sus espadas, hartos y muy escogidos mancebos, de los quales me aprovecho muy á menudo en el presidio de la República. Expirada, pues, la tercera vigilia, como los Saboyanos embaxadores, acompañados de mucha gente, comenzasen á entrar por la puente, y juntamente Vulturcio, súbito se hizo un grande ímpetu en ellos, de suerte que vinieron á desenvaynar, así los de su parte, como los nuestros. Pero metiendose en medio los Pretores Pontino, y Flacco, los quales solos entendian el misterio, porque los otros no sabian nada, luego se apaciguó la pelea; y todas las cartas que en aquella compañía se hallaron fueron dadas así con sus sellos enteros á los Pretores;

(a) Aun hoy se pasa por esta puente para ir de Roma á Florencia, y llámase ponte Mole; la qual dis-a dos millas de Roma.

res; y á la mañana siguiente, al reir del alva, me fueron traídos los mismos malhechores engarrafados. Luego, pues, hice que me llamasen á Cimbro Gabinio, iniquísimo maquinador de todas estas maldades; el qual aun no sospechaba nada. Despues fue llamado Publio Statilio; y tras él, Cethego. El postrero de todos, que vino ya muy tarde, fue Lentulo, á causa que, segun pienso, habia desveladose mucho la noche antes, fuera de su costumbre, por dar las cartas. Pareciendoles, pues, á muchos varones clarísimos y excelentes de la Ciudad, los quales oído el negocio acudieron á mí de mañana, y en gran concurso, que primero debia yo abrir las cartas, que presentarlas en el Senado; para que si nada se hallase en ellas, no pareciese que habia temerariamente y á locas alborotado así la Ciudad; dixé, que en ninguna manera dexaria de proponer en el peligro público al Consejo público, todo el negocio entero. Por que aunque no se hallasen despues ser ciertas aquellas cosas, de las quales yo era informado, todavia me parecia que no habia de mí ser temida, ni me podria dañar la sobrada diligencia.

gencia en tan grandes peligros de la República. De manera, que junté, como visteis, todo el Senado con gran presteza; y entre tanto, (b) por aviso de los Saboyanos embaxadores, envié á Cayo Sulpicio, Pretor y varon fuerte, para que si algunas armas hallase en casa de Cethego, me las traxese luego; de la qual sacó gran cantidad de espadas y de puñales. Hecho esto, metí luego á Vulturcio, sin los Franceses; prometile seguridad por mandado de todo el Senado; y roguéle que declarase sin miedo todo quanto sabia. Entonces él, habiendo apenas respirado del gran temor, dixo que tenia para Catilina recaudos y cartas de Publio Lentulo; el qual le ordenaba se ayudase del presidio de los esclavos, y se allegase á la Ciudad lo mas presto que pudiese con el exercito; para que despues que la pusiesen fuego por todas partes, segun estaba ya trazado y distribuido, y hubiese muerto infinita muchedumbre de ciudadanos, él se hallase allí luego, para recibir los que huyesen, y para juntarse con

(b) De aqui se colige, que los mismos Franceses descubrieron el trato, no esperando poder llevarle hasta el cabo.

estos Capitanes civiles. Entrados despues los Franceses, afirmaron que habian recibido el juramento solemne, y ciertas cartas de Publio Lentulo, de Cethego, y de Statilio, para su gente; y que les era ordenado por estos mismos, y tambien por Lucio Casio, que enviasen á Italia la caballeria con gran presteza, porque de infantes de pie no tendrian falta ninguna. Dixeron mas, que Lentulo les habia confirmado de los hados Sibylinos, y de las respuestas que le daban los agoreros, como él era aquel Cornelio tercero, al qual necesariamente habia de venir el reyno y el Imperio de esta Ciudad, y que Cinna, y Sylva se le habian adelantado. De mas de esto, declararon haber dicho el mismo, que el presente año, el qual era el decimo despues de la libertad de las virgenes, y el vigesimo despues del incendio del Capitolio, habia sido hadado, para la destruccion y ruina de esta Ciudad y de aqueste Imperio. Dixeron ultrá lo susodicho, que entre Cethego y los otros habia esta controversia y altercacion, que pareciendoles á Lentulo y á los demás, que en las fiestas Saturnales se debia hacer la matanza,

za, y poner fuego á Roma, á Cethego le pareció ser entonces muy tarde. Por no deteneros, pues, mucho en palabras, Quirites, hicimos que saliesen alli luego á luz las cartas, que, segun decian, cada uno habia dado. Primeramente mostramos á Cethego la suya; el qual reconoció luego el sello. (c) Cortado por mí el hilo, y abierta la carta, leímos en ella de su mano escrito, que prometia al Senado y Pueblo de toda Saboya lo que á sus embaxadores habia confirmado; y que asimismo les rogaba que hiciesen ellos lo que los mismos embaxadores de su parte les ordenasen. Entonces Cethego, (el qual un poco antes habia no sé qué respondido, acerca de los puñales y espadas que fueron en su casa halladas, diciendo como siempre habia sido curioso de tener buenas herramientas) en siendo recitada la carta, súbito enmudeció, debilitado, abyecto y convencido de su conciencia. Tras Cethego fue metido dentro Statilio, el qual tambien conoció su mano, y su sello; cuya carta leída, contenia en sí la misma sentencia;

(c) Es de notar, que en tiempo de Ciceron se cerraban las cartas como agora las cierran los mercaderes.

cia; por donde no pudo no confesarlo. Entonces mostré su carta yo á Lentulo, y preguntéle si conocia el sello: el qual afirmando que sí, acudi yo luego diciendo: Si por cierto; el sello es muy conocido, porque tiene estampada en sí la imagen de aquel tu abuelo; varon clarísimo, que amó únicamente á la Patria y á sus ciudadanos; la qual effigie aun muda debiera divertirte de una maldad tan grande. Ansi que leyóse ni mas ni menos su carta, que al Senado y Pueblo Saboyano se dirigia; y leida, le permití que dixese, si algo tenia que decir, contra las tales cosas. El qual luego al principio negó; pero despues, siendo ya manifesto todo el indicio, y sacado á luz, se levantó de su asiento, y preguntó á los Franceses, qué tenia él que hacer con ellos, y á qué proposito habian venido á su casa; y la misma pregunta hizo á Vulturcio. Los quales como le respondiesen constantemente y en pocas palabras, quantas veces hubiesen á él ido, y por medio de quién; y también le preguntasen, si no les habia él dicho nada de los hados Sybilinos, luego desatinado con la maldad, dió palpable-

blemente á entender, quan grande vigor fuese el de la conciencia; porque pudiendo negarlo todo, lo confesó súbito, contra la opinion de quantos alli se hallaron; en tal manera por la manifesta y convencida malignidad le faltó luego no solamente el ingenio, y aquel exercicio de orar, en el qual valió siempre mucho, pero también la desvergüenza y maldad, con que á todos los mortales hacia muy gran ventaja. En esto Vulturcio hizo que se sacase y abriese luego la carta que para Catilina le habia el mismo Lentulo dado, al abrir de la qual, aunque muy perturbado Lentulo, no pudo todavia dexar de reconocer su sello y su mano. Era escrita la carta sin nombre, y en esta forma: Quien sea yo, entenderáslo de aquella persona que te envié. Procura mostrarte hombre; piensa á qué lugar has llegado; mira lo que te conviene hacer; y trabaja por valerte de la ayuda de todos, y aun de los ínfimos. Tras este, entrando Gabinio, al principio comenzó á responder descaradamente; pero al fin confesó todas aquellas cosas que los Franceses le criminaban. Ansi que á mí me parecieron,  
Qui-